

JORGE SAGRERA
Días de Séptimo
CUENTOS



Arenz & Antich
EDITORES

JORGE SAGRERA

Días de Séptimo

CUENTOS



Arenz & Antich
EDITORES

JORGE SAGRERA

Días de Séptimo

CUENTOS



Arenz & Antich
EDITORES

Sagrera, Jorge Luis

Días de Séptimo / Jorge Luis Sagrera. - 1a ed. - San Pedro: Arenz & Antich, 2019. 64 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-47061-6-4

1. Cuentos. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Contacto con el autor: escritorjorgesagrera@hotmail.com

Impreso en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, agosto de 2019, en Prosa-Amerian S.R.L. (011) 4815 6031 / 0448

info@ameriangraf.com.ar www.ameriangraf.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito del autor.

DÍAS DE SÉPTIMO

Cuentos

Jorge Sagrera



...y descansó en el día séptimo
Génesis 2,2

Tragos y vinilos

Ahora tiene los brazos en forma de cruz. Echado de espaldas sobre la arena fina y fresca. Observa esas extremidades largas. Por turnos. Despacio las recorre: un desperezamiento de la mirada. Un bostezo de los ojos.

Es celeste todo, pero aún no ha salido el sol. Mejor: el entrecejo, leve, acusa el Tom Collins de la noche anterior, o de esta madrugada. Cierra los ojos. El balbuceo del Mediterráneo. Unas gaviotas madrugadoras. El sabor a sal en sus labios que, reconoce, no están partidos.

Sonríe, celebra ese escote de felicidad que se le ofrece. Entorna los ojos.

---Bienvenido ---dice Cleveland.

La voz humana, que le llega alta desde la coronilla, lo sorprende: habría asegurado que otra vez estaba solo. Más lo sorprende la cadencia de esa voz. Sin abrir los ojos todavía, como saboreando el regalo de esa compañía, dice: ---¿Joan Baez?

La mujer se sienta en cuclillas.

---Sos muy gracioso.

Él abre los ojos.

---¿Soy un náufrago? ¿Estoy solo en esta isla desierta con vos?

---No lo creo.

Cleveland lleva una musculosa blanca y un short de jean.

---Parecías Jesús con los brazos así.

---¿El barman?

---Tonto.

---He pagado con creces mis cruces.

---Casi fui a buscar la Polaroid para sacarte una foto.

---Me habría despertado ese chasquido.

---No importa, la imagen lo valía.

---¿Y por qué no fuiste?

---Consideré que podría no encontrarte a mi regreso.

---Mmmm... ¿Ya me he ido alguna *altra vegada*?

---A vos no te importa mucho la gente, ¿no?

---No digas eso, Desirée.

Ella lo mira con fingido odio.

---Suelo *equivocarme* con los nombres de las personas: tengo que averiguar de dónde me viene ese gusto.

Cleveland cambia de postura, se sienta en forma de loto. Séptimo se incorpora sobre uno de los codos. Parece el Adán de Miguel Ángel.

---Caín mató a su hermano Abel.

---¿Eh?

---De puro celoso nomás. Luego, pareciera que Dios siente predilección por él.

---¿Por Abel?

---Por Caín. Entiendo que a Dios le gustan los revoltosos: Caín, David, por ejemplo. Voy a confeccionar una gran lista un día.

---No sé: No he leído mucho.

---Sí, ya sé: tu religión es la música, lo dijiste anoche.

---¿Lo dije?

---Como si lo hubieras dicho: eras la Eva de los músicos.

---¿Sos músico también?

---Tendría que probar.

---¿Qué día es hoy?

---No sé. Miércoles.

---¿Y la hora?

---Alrededor de las seis y media.

---Hay un nacimiento de mellizos en este momento.

---Es muy posible: el mundo es así.

---Y si es miércoles, ¿por qué anoche salimos de fiesta?

---Estamos en Ibiza, Séptimo.

---Claro, sí. Y Mallorca debe estar a tiro de honda, ¿no?

---Todo lo que puede hacer un Tom Collins.

---De hondero balear.

---¿Seguiste tomando?

---Me gusta hacerte enojar. Me gusta tu cara, tu cuerpo se afibra.

---Estás diciendo cualquier cosa.

---No juzgues los pelos de la nariz de tu semejante si hace días que no te mirás en el espejo.

Séptimo se pone de pie. Amanece. Ella desarma el loto sobre la arena.
---¿No vas a vestirte? ---dice Cleveland desde ahí abajo.
---¿Estoy desnudo?
---Completamente.
---Después de tanto andar, ha llegado hasta mí una de las pesadillas de la niñez: estar desnudo en público.
---¿Hubo alguna otra?
---Sí, que me persigan y no poder cerrar la puerta por un poquito así.
Séptimo mira hacia el parador.
---Tengo sed.
---Te tomaste el Tom Collins como si fuera coca cola.
---Lo único que recuerdo de mi vida anterior es que pregunté si el gin era de Menorca.
---Allá hay un parador, pero debe estar cerrado.
---Ante mi presencia se abren, aguas del Mar rojo, todas las puertas.
--- ¿Y la camiseta que tenías puesta anoche?
---¿La tenés vos?
---No. Tenía una leyenda que decía: Breaking the rules.
--- ¡Ah, me encantó! Dónde habrá quedado.
---La camiseta no sé: me regalaste un libro anoche. Y lo tengo.
--- ¿Sí? ¿De mi biblioteca personal? ¿Autor?
---Te estás divirtiendo a mi costa.
---Ah... podría ser mejor en tus costas, empezar por ellas y luego avanzar lentamente territorio adentro.
---Continente a descubrir.
--- ¿Era francés el autor? ¿Ruso?
--- ¡Es un libro tuyo!
---¡Ah!
---Me gustó la actitud de ese muchacho que se ganó diez tragos.
---No debía haberlos rechazado.
---Bueno, no hizo eso: solo acepto dos.
---Todos se le reían.
---No, no todos. Este muchacho me hizo acordar a uno al que primero le dieron el castigo, y luego le permitieron cometer la falta. Y el tipo dice: Bueno, estuvo dulce de esa manera.
---¿Sos cura vos?

Séptimo sonríe.

---No sé, no ahora.

---A Ibiza está viniendo de todo.

---Cualquier cosa, digamos.

---Sí, así es, *digamos*.

--- ¿Vamos a Palma?

--- ¿Por? ¿A qué?

---A ver la Seu: quiero ver la catedral. ¿Me acompañás?

--- ¿A quién acompañaría?

---Jimi Hendrix toca en Sargent Pepper.

---Cuándo.

---El jueves. Mañana.

---Falta mucho.

---Sí, sin duda. Y qué plan tenemos para hoy, Cleveland.

---We have no plan.

Séptimo le tiende la mano como Dios en La creación de Adán, de Miguel Ángel.

---Vení ---dice---. Vamos a buscar agua, tengo sed.

Luna negra

---Emily, puedes regresar a un día cualquiera de tu vida. ¿Cuál eliges?

---Me acuerdo lo feliz que me sentí el día que cumplí los doce años.

Quiero volver a ese cumpleaños.

---Emily, no lo hagas. No lo hagas, Emily.

Vivir, Amar, Aprender

Leo Buscaglia

I

Llegaba un soplo a sauces con sereno, del terreno vecino. Las sillas de madera estaban de espaldas contra el tapial. Si ellos querían hablar tenía que ser al oído o esperar a que el disc jockey cambiara el long play.

---Carolina, ¿qué vas a hacer cuando seas bien grande?

---Editora.

---Qué sería eso.

---Una actividad que puede cambiar la vida de la gente.

---No, en serio te pregunto, ¿qué te gustaría hacer?

---En realidad: es editar la vida de una persona en una ficción.

---Suenan muy interesantes.

---No finjas. ¿Qué quiero? Quiero enamorar locamente a un lobo.

---¿Para qué?

---Qué te importa, quién sos vos, ¿sos de la KGB?

---¿Bailás?

---¿Justo ahora que empezaron los lentos?

---Pensé que te gustaba esta canción.

---Para que sufra mucho y tenga que aullarle a la luna negra.

II

---Escucha, si todos hemos de sufrir para comprar...

---¿Escucha?... ¿hemos?, ¿por qué hablás en castellano neutro ahora?

---Es un parlamento de Los hermanos Karamazov... Mirá que sos rompe climas, eh.

---Quisiera escuchar ese parlamento.

---No es una asamblea de los representantes de un pueblo, qué te pensás.

---Vos dijiste parlamento, Caro.

---Sí, lo dije, lo dije, pero vos me exasperás y me sacás de clima. Vení, sentate acá, esto es teatro.

Había regresado hasta aquel patio sin moverse de ahí.

---Sos muy malcriadito, vos.

---Ja, sí, claro. Habló la mujer justa.

---Escucha, si todos hemos de sufrir para comprar con nuestro sufrimiento la eterna armonía, ¿qué tienen que ver con ello los niños? Es totalmente incomprensible por qué han de sufrir ellos también y por qué han de contribuir con sus sufrimientos al logro de la armonía.

Ella demoró, el largo de la oración, en salir del rol y dejar las tablas.

---¿Ya está?

---Sí, no te voy a recitar todo mi papel. Quería que escucharas eso, nada más. Ponete de pie para aplaudirme, por lo menos.

---Me hacés reír tanto: tendrías que hacer stand up.

---Parecemos George Smily y Ann, nosotros dos.

---No los recuerdo, ¿en qué fiesta los conocimos?

---En ningún lado, rompe climas.

El sol se filtraba por la persiana y estampaba vainillitas púrpura en la pared.

---Mirá si estaré turulata hoy, que me lavé dos veces la cara. No porque lo necesitara: me olvidé de que lo había hecho.

---Caro, Corita, Cocorita.

---Dejate de hinchar, querés.

---Carita linda.

---No te creo nada: lo que me decís, te lo decís.

---Paren con eso, che.

---¿Quiénes, paren? ¿Hay alguien más en esta habitación?

---Todos los que dicen: "Lo que te molesta del otro es lo que te molesta de vos mismo".

---Bueno, ya.

---No vemos a los demás como son, sino como somos nosotros.

---Buda.

---Kant.

Fue hasta la lámpara, la encendió: exprimió la oscuridad.

---Mirá, acá está la foto del viaje de egresados. La tenía boca abajo en el placar.

---Dónde estás vos.

---En las fotos grupales aparecemos minúsculos e indefinidos: solo uno mismo sabe quién es.

---Y se alegra con esa constatación.

---Sí.

---Pero de él sí te acordás.

---Sí.

--- ¿Y por qué lo maltratabas tanto?

---A él, creo, lo amaba; pero su padre había hecho cosas horribles.

---Qué cosas.

---En casa se lo trataba como un señor. Años después me enteré de todo.

---Qué pasó.

---Como no podía decirle la mierda que era... y él seguía con su urbanidad y cordialidad... Dejé el pueblo.

---Pero, hay un espaciado de años ahí que no...

---Sí, ya sé. Hay un hueco.

Se oyó el lloriqueo de un niño que subía desde la avenida pálida.

---Me parece que falta algo.

---Macetita en el balcón.

---Qué sabrás vos lo que es ser mujer.

---¿Es una pelea esto?

Estaban en el décimo, pero el hollín llegaba igual, se adhería a todo. Un helado de granizado de hollín.

---¿Te vas?

---No, voy a sacar la azalea para que tome aire y sol.

---Luna va a tomar.

---Sos muy descuidado con las plantas, vos.
---Sí.
---No sé para qué te la habré regalado.
---Tal vez para que vengas a cuidarla.
---"Lo que te regalo, me lo regalo", Lobo Dixit.
---¿Quién es Lobo Dixit?
--- ¿Dije Lobo?
---Lobo Dixit, quién es.
---Un personaje.
Apoyó la azalea en el alfeizar de la ventana.
---Qué lindo vientito ---dijo él.
Ella batió el cabello ante el cuadro de la ventana y armó una cola alta.
---Brisa es más literario, ¿no Corita?
Le besó el cuello.
---No me digas así: suena a cotorrita. Y no me mires así.
---¿Te gustaría que te llame Brisa?
---Lo que me gustaría mucho, pero mucho, es un poco de silencio.
En la avenida había un atascamiento. Los gritos y las bocinas trepaban en líneas quebradas.
---¿Ves los alambres de aquel tendedero?
---¿Cuál? ¿De qué edificio?
---Los alambres están oxidados.
---Cómo podés distinguirlos.
---No es la primera vez que me planto frente a una ventana.
---Qué significa eso, no sé.
---No voy a explicarte todo. Parece que se me hubiesen metido cadenas adentro de las tripas.
---Estás muy tensa, mujer.
---Tengo varios frentes anímicos en suspensión.
---Te vas a enfermar.
---Ya me enfermé, ¿no te acordás?
---Dejá de leer que te va a hacer mal.
---Es mi trabajo. Y no me enfermo por leer o escribir, cortala con eso.
---Vení, dejá eso. ¿No te enteraste de que quemaron la biblioteca de Alejandría?
---Qué tiene que ver eso. Y pasó hace mucho.

---Bueno, el documental lo vi ayer.

---No le pongas el pecho a estos cartuchos que no son para vos.

El embotellamiento se disolvió: quedó un silencio de campo de sal, y una negrura de luna muerta de hollín.

---Vení, querés que te cante Sweet Caroline.

---Bueno, ¿te traigo la guitarra?

---Sí.

---Caro.

---Qué.

---Trae la acústica, estás muy sensible hoy.

Marta, el martes
Ha pasado más de un año y vos no estás
¿por qué habría de creerte?
hubiera dado la vida y mucho más
por solo volver a verte.

Chau
No te va gustar

Ahora me preparo un helado de chocolate con dulce de leche y trocitos de merengue. Lo que dejó en la costa la cena del viernes. Atendió a la sexta llamada. Había sobrado suficiente helado. Pero cucurucho, solo uno. Y ahora ella intentaba maniobrar esa enorme torre de chocolate sobre ese, hoy (¿por qué hoy?), quebradizo y húmedo cucurucho.

Sujetó el auricular entre el hombro y la orejamejilla.

---Hola ---dijo.

---¿Marta? ---dijo él.

La voz venía desde muy lejos, como desde Sudáfrica y tardaba en instalarse. Hacerse presente.

Ese espacio de tiempo, libre de toda voz, esa duda, fue lo que el helado de chocolate necesitó para titubear.

Y él tuvo que insistir.

---¿Marta?...

Definitivamente. Sí. El helado de chocolate se decidió por el vacío. Un suicidio de helado de chocolate. Mirá vos qué cosa. El ligero impacto de los trocitos de merengue blancos sobre el granito gris ocupó el aire que habían dejado los brazos abiertos del paréntesis. Abierto entre Argentina y Sudáfrica.

---Sí... quién habla.

Sabía quién hablaba. Conocía ese registro. El tono y las palabras eran diferentes a los de aquella mañana en la que le anunció por teléfono, y desde Ezeiza, que se iba a Sudáfrica.

No podían suturar en una conversación telefónica ni aquella *despedida*, ni los tres meses de *ausencia por beca*.

Por eso él dijo: ---Estoy saliendo ya para la Argentina. Tenés derecho a lo que sea, pero necesito verte.

---¿Para qué?

"Marta, el martes", dijo Séptimo. Y propuso que se encontraran en ese café donde se habían descubierto.

Ella lo odió por recordar ese maravilloso detalle.

Llegó antes. Cuarenta y cinco minutos, por lo menos. Se daba cuenta de que a partir de esa llamada que provocó el suicidio del helado de chocolate, entre otras cosas, había perdido la noción de los días, las horas y la temperatura. No había llevado suficiente abrigo.

Cuando el mozo se le acercó iba a decirle algo así como: Cuando venga la persona que espero hacemos el pedido.

---Un café, por favor.

Tenía que sostener ahí cuarenta y cinco minutos. Menos, acaso, si Séptimo tenía apuro por verla.

Cuando él le había dicho: "Marta, el martes", ella había pensado que era un buen título para un cuento. En realidad lo pensó después, cuando se dedicó todo el tiempo a evocar ese brevísimo diálogo.

Y sí, se alegraba de haber llegado temprano: tenía ganas de repasar algunas anécdotas de la pequeña historia de amor.

---¿Azúcar o sacarina?

---Sí, gracias.

Va una, cualquiera. Séptimo hacía alarde, y estaba en lo cierto, de una precisión asombrosa.

El mozo aguardó un instante y luego dejó sobre la mesa dos sobrecitos de azúcar y dos de sacarina. Regresó a la barra.

Séptimo explicó que ese bollito que había construido, de materia prima servilleta, era un meteorito. Después de presentárselo a ella ante los ojos, lo que la convirtió en el acto en una belleza estrábica, lo dispuso entre la uña del pulgar y el índice enroscado. Así, como se lanza una bolita, justificó su existencia haciendo orbitar el meteoritoservilleta en una parábola dulce y mansa que afrentizó en ella.

Lo amaba por esas cosas.

Recién ahora se daba cuenta. No iba a llamar al mozo para decirle: "Sí, azúcar, por favor. Uno".

Lo de la beca a Sudáfrica sí que fue, y tal vez lo sea aún, inexplicable. No la beca en sí, sino lo horrible que manejó Séptimo la situación. ¿Por qué lo

había manejado así? Hoy tendría que aclarárselo. Lo obligaría.

Apoyó los codos sobre la mesa y en el cuenco corazón de sus manos el mentón.

Un día, en el génesis de esa relación maravillosa, la había llamado para contarle: ---Hoy estuve toda la mañana con vos.

Ella se había reído tanto. Claro, cómo no: ---¿Sí?... no me digas, ¿cómo no me enteré?...

---En realidad ---dijo él---, para ser rigurosamente científicos, estuve con tu ADN.

Ella estaba por tomar un sorbo de té y de la risa provocó un pequeño tsunami en el interior de la taza.

---Sí ---aclaró él---, anoche te dejaste olvidado un cabello en mi almohada.

Es posible que ella, en ese preciso momento, tuviese cara de enamorada, porque el encargado del bar la miraba sonriendo con cara de idiota.

Idiota. Se cambió de posición, quedó mirando hacia la calle.

Menos diez.

No era que pensaba que él iba a llegar tarde, lo que verdaderamente la inquietaba, era que él no tuviese la misma urgencia que ella de verse. Eso era. ¿Era mucho pedir que no llegara sobre la hora?

Buscó el celular en la cartera. No había mensajes. Escribió uno que decía: "¡Ya estoy aquí! ☺". Y lo envió.

Tal vez no conserve el mismo número. Tal vez sí. Ya veremos.

Si seguía pasándose una y otra vez la mano por el pelo le iba a quedar toda esa franja lisa, como si hubiese aplicado ahí la planchita.

Y cinco.

Revisó el celular.

Era ocurrente. Séptimo era ocurrente. "Mi historia ha quedado dividida en dos, deberá contarse A.M. y D.M."

Y a ella le daban risas todas esas cosas.

---¿Qué significa A.M.?... ¿Amplitud Modulada?

No era perfecto. Solía tener dislates pesimistas. *Somos un cirio encendido que se consume desde los extremos. Qué pasará Marta cuando se termine la cera y se encuentren los pabilos... ¿se extinguirá todo en un suave, o no, chisporroteo?*

---Yo espero ---había dicho ella--- que si los pabilos se extinguen, tengan

la bondad de hacerlo al mismo tiempo.

Conocerlo a Séptimo la turbó. Comenzó a percibir diferente a la humanidad: no la afectaban los gritos, las puteadas, era amable sin proponérselo. Hasta a su perro, insoportablemente denso, le tenía paciencia.

Diecinueve y veinte.

Un cliente pasó junto a la mesa de Marta. Era evidente que había utilizado los servicios.

Soy una pelotuda.

Escribió un mensaje: ¡¡¡SOY UNA PELOTUDA!!!

Send.

¿Y en qué papelera de reciclaje estarán todas esas pelotudeces baratas que me dijiste a una semana de conocerme?

¡Pelotudeces supinas!

Intempestivo, así, le salió: ---¡Qué mentiroso hijo de puta!

El mozo levantó la cabeza. Y la miró. No fue una amonestación. Para nada. Fue una especie de mirada compasiva. Tenía experiencia.

¡Pedazo de egoísta!... extinguiste tu mecha antes de tiempo. Y ahora decís de volver y en cuanto me descuido un poco me hacés lo mismo.

Marta escribió: ¡¡¡MENTIROSO HIJO DE PUTA!!!

Send.

---Y no me importa si cambiaste de número.

Se llevó la palma de la mano a la frente. *Qué hijo de puta.*

Y veinticinco.

Dale hijo de puta, llamame otra vez desde Ezeiza y decime que te volvés a ir.

Y treinta y cinco.

Le suplicó a Dios que lo transportara, como sea, hasta esa mesa.

Cuarenta y cinco minutos después el aura de Marta tuvo que haber emitido alguna señal.

Indeterminada la señal.

Una linterna a la que le queda poca batería y liquida agonías de SOS.

---¿Se encuentra bien, señorita? ---dijo el mozo.

---Perfecto.

---¿Necesita algo?... Un vaso de agua... pañuelos descartables...

Marta negó con la cabeza. Después elevó la mirada hacia el mozo, como buscando, en esa expresión amable que la contemplaba desde ahí arriba, las

respuestas a lo que no estaba pasando.

Dijo:

---Me cobra, por favor.

El mozo dijo "Sí", fue hasta la caja, imprimieron el ticket, se lo entregaron y regresó a lo de Marta.

---Me gustaría hacer algo por usted...

---No, está bien. Gracias.

---Si usted no se ofende, la casa está dispuesta a no cobrarle la consumición...

---No, gracias. No necesito nada.

El mozo miró hacia la barra.

---Unos amaretis de recuerdo, tal vez. Cinco sobrecitos de azúcar...

La amabilidad del mozo contrastaba con la actitud de Séptimo: "Pedazo de mierda egoísta".

Marta comenzó a incorporarse y el mozo, que ya tenía las yemas en el respaldo, retiró la silla con un movimiento corto y suave.

---Gracias ---dijo ella---: adiós.

Cuando Marta apuró el movimiento de su palma para empujar la puerta vidriada y abandonar para siempre ese bar horrible, escuchó la mejor noticia desde el hombre de Neandertal para acá.

---Adiós, señorita ---dijo el mozo---, que la vida le sonría en lo que queda de este lunes.

En la puerta pintada de rojo

---Su cabello, el vigor y la forma de peinarlo, le restaban veinte años. Pero no iba con esa cara, ni con su cuerpo, ni con sus ademanes, ni con su voz. Ni con su compañía.

---Me recuesto sobre el césped. Cables del tendido eléctrico, como rieles, se interponen a mi vista: imagino las vías del tren del cielo.

---Son verdades enhebradas por hilos de aire.

---¿Viste a tus padres bailar, vos?

---Tener el tiempo para esperarlo, al cardo, la flor.

---Réquiem para un día de lluvia.

---Me gustan los días sin.

---No me tiendas la mano, como si tuvieses roto cada uno de tus huesos.

---La sal de la sangre.

---La memoria comunitaria es corta. No tiene larga vida.

---Detrás de un cascabel encendido, puede ocultarse una pena de óxido.

---El sol refleja en el río pequeñas olas. Un firmamento de estrellas.

---Un hombre suspendido en un madero cruzado. Esas cruces del Cristo y del ladrón, raspan sus maderas entre sí. Uno salvará a miles.

---Se extraña lo que se deja atrás el año 1974, por ejemplo.

Una vida, (Es decir: alguien que ahora es muerte.) Un auto.

Un árbol que se partió.

Un dedal.

Una máquina de coser.

Una palmadita para bebé.

Una gabardina con sus mangas deshilachadas.

Todo se va nunca
en su estado original.

Embalsamados en la fotografía.

---El hombre no sabe cómo gestionar su libre albedrío.

---Muertes dueladas. De duelo.

---El Rey lo anima a que se asome al foso, que confíe en él.

El campesino le dice: No es sencillo Rey, mucho antes, estuve a cuidado del Príncipe y él me ha amenazado con echarme al fondo.

Comprende, Rey, que me cueste confiar.

---Le dejó caer las frases como de un decimosegundo piso.

---O: Le dejó caer frases hechas de adoquines.

---También, sí.

---Labios partidos por la luna.

---Muchas misas y tedeums, en la música clásica, están en do mayor.

---Un cuerpo al que lo dan vuelta y quedan a la vista las costuras de los huesos.

---Templó el alma en las cuerdas vocales.

El cielo
boca hueca pegó un alarido.
Le retorció las venas como un trapo de piso.
---Encima que me caigo me retan, dice Adán.
---Casi nada.
---Tiene la discreción de moverse sobre los recuerdos en puntas de pies --
-Sarcasmo.
---En sayos.
---El cielo (Recuerdos de chapa chatos
de zinc.) encapotado de seda blanca sábanas estiradas y limpias en
momentos de fiebre.
---El corazón tiene sus horas.
---Te costó entender esa ecuación: Para encontrar había que perder algo
antes.
Encontrar algo significaba haberlo tenido antes.
---Moverse rápido antes de que el impulso viaje por los cables que
desembocan en el corazón.
---Hay una estrella que no tiene el registro de los olores.
---El párpado de la cámara se cerró antes y no pudo obtener esa imagen de
redención.
---Es preciso caer para poder ver, por ejemplo, ese escritorio que no ha
sido bien pintado abajo --- ¡Verdad! Estaba la madera limpia ahí.
---Cuando leía tu libro me estremecía de emoción. Hubiese deseado estar
sola para largarme a llorar.
---Por qué sentir nostalgia al paso de ese avión si tu abuelo cruzó el
Atlántico en un barco.
---Con el cinto de cuero colgando
de tu cuerpo flaco.
---Una ventana con amor francés con paisaje francés.
---Las caídas del mundo aumentan
la estatura del Paraíso.
---Madre
cómo se ayuda desde el cielo.
Cómo ayudás a tu familia desde el cielo.
---Cascada sagrada.
---El carrito a rulemanes tenía una rueda con un acerito cascado te obligó a

gastar un poco más la pierna izquierda para mantenerlo en el camino.

---El barquero Vasudeba ciego

remando en el mundo de posmuertos.

---Y él se preguntaba por qué el mar no lo tragaba o lo devolvía a la playa.

---Asistir a un concierto de noche. Ahí aprendió a decir: mamá; y fue ahí también que desaprendió a decir...

---Esos niños-hombre lanzan manotazos, como de ahogados, y cada tanto consiguen de la piñata algo que vale la pena.

---Algo que forma parte de la respiración de uno.

---Leyó la línea de su vida y (después) se sentó a esperar.

---Luego el hombre le dijo: Déjame ir: ya está amaneciendo.

Pero Jacob dijo: No hasta que me des tu bendición.

El Dios que siendo luz no se deja ver de día.

---Una nube se acerca a otra nube. Es una nube larga y fina. Como una nube larga y fina desgarrada por el viento. ¿Se juntará con la otra? No lo sabemos, se hace tarde: hay que salir de la escena.

---¿No habíamos tenido esta conversación antes?

---Sí, claro, a la vera de la puerta roja de la casa de Belgrano.

Perdón, Havva Font

La cadera asoma, un amanecer desparejo, entre las sábanas. Un sol sin rayos ni líneas de ropa interior. Una cadera desnuda. El hombre había sido testigo del deslizar de ese cuerpo hasta la suavidad de la cama. Y enseguida taparse. Y dar la espalda. La mujer se había ido a dormir con un ligero resentimiento hacia el hombre. Y con la ropa interior, inferior, puesta.

Él está desvelado. ¿Y si el Creador, en vez de una costilla, hubiera escogido la cadera? Contempla ese borde fino y suave. Siente atracción, pero antes, mucho antes: es egoísta. La desea. *Hizo caer sobre el hombre un profundo sueño.*

Sueña que es un primer hombre. Es un primer hombre solo, que solo sabe estar solo. Puede conversar, sí claro, con las plantas y los animales, es entretenido, sí claro. Es un primer hombre con su brazo orientado hacia oriente. Un brazo orientado hacia oriente que culmina en una palma extendida. Una palma extendida, abierta hacia abajo, que flamea con gracia merced a la brisa suave. Suave brisa. Una suave brisa que pasea por el jardín, y titula: no se salvan ni los cardos que aún no han florecido. "Cardos", nombra.

---Con una cláusula.

---Cuál.

---Dar la primera flor cuando genisia la primavera.

No tiene mucho que ver con los sueños injertados en el paraíso, pero hay que decirlo: el hombre del sueño y la mujer de la cadera desnuda se conocieron en una oficina. Son auditores. Y la caída, el rojo contable como una manzana apetitosa, el último rojo, ocurrió ahí. Ayer, en el brindis de fin de año.

Había que decir algunas palabras y él, entre tantas, agradeció a la jefa de todos por la resolución de los objetivos propuestos.

¿No sabía el hombre del sueño que la jefa de todos *le acechaba el talón* a la mujer de la cadera desnuda?

Algo sabía, sí. Algo sabía.

---Si no te conté detalles, fue para cuidar nuestros empleos.

El hombre del sueño se sintió turbado por aquel escenario imprevisto de fin de año. Debía concentrarse en manejar de regreso y la mujer de la cadera desnuda le mal interpretaba los sentimientos.

Había un episodio del génesis que le costaba digerir. Y ahora él se sentía como aquel Adán. Se daba cuenta: eso que lo irritaba de aquel hombre también estaba escrito en su pecho desde el origen de la humanidad. Solo que él no lo sabía. O no se preocupó en querer saberlo. Eso era peor.

Admitía que, al felicitar a la jefa de todos, podría haber tenido en cuenta las escamas que se sacaban con la mujer de la cadera desnuda. Tendría que haber atenuado el reconocimiento, hacerlo más sobrio. Pero no. Él era como un Adán. *La mujer que pusiste a mi lado me dio el fruto y yo comí de él.* Lo sacudía ese pasaje del génesis. Lo indignaba Adán, desentendiéndose, de una manera descompuesta.

Tal vez el primer hombre no amaba a la primera mujer. Tal vez el escritor del génesis quería significar otras líneas de análisis y reflexión que salvaran a la humanidad. Salvar a la humanidad sin amor.

Solo en los Diarios de Adán y Eva, de Twain, este hombre, el que está en este momento junto a la mujer de la cadera desnuda, encontró a un Adán amando en ausencia, al menos.

El primer Adán estuvo mucho tiempo solo, compartiendo la vida con los animales y las plantas. Era el rey de la creación, cavila el hombre del sueño y en esta constatación no siente tanta culpa por no saber amar: aprenderá, es cuestión de tiempo. Es optimista.

Podría por comenzar a pedir disculpas por la primera falta de amor. Pedirle perdón a la mujer de la cadera desnuda. Primero. *Caer en un profundo sueño.*

Hasta dónde retroceder. Qué pared última, qué tapial de siglos debe conmoverle la frente.

Hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste sacado. Hasta que vuelvas a presenciar ese último verde que contempló tu mirada.

Eva es un nombre femenino de origen Hebreo (Havva). El significado de Eva es: "Fuente de vida".

Un Dios sin vocación

---Parate ahí... Largá todo.

---Por orden de quién, mierdas.

---Por orden superior.

Séptimo deja la protección del tala.

---Orden de arriba.

La altura, el alcance del brazo, y el facón de medio metro, amontonan a la partida.

Uno empuña coraje, o quién sabe qué lo impulsa, y se desprende del resto. Son seis en total.

---Quién es esa mierda que despunta.

---Alguien empujado por el rencor y la justicia.

---No es buena yunta para tirar de un carro.

---Qué sabrás de yunta vos.

---Estoy un poco cansado de andar.

---De huir, dirás.

---Va filoso de lengua el milico.

---Y de acero.

¿Dónde estabas? Dejaste que un niño muriera. Dejás que ocurra cualquier cosa. ¿Por qué tengo que ser bueno si vos no lo sos?

Alguien le había traído una carta, todavía estaba en su mano: las noticias no eran buenas.

---Te vengo a liberar de la marca.

---¿Orden de arriba?

---Sí.

---Bueno, dale nomás.

---Te yerraron la frente.

---Como si yo pudiera tener patrón.

---Seguís corcoveando.

---Lleva verdad eso que decís.

---Te marcaron como a una bestia.

---Se te nota dolido.

---Ajá. Parece.

Séptimo abre, finos como el alba, los brazos.

---Bueno, acá me tenés ---dice---: sin cuzco y sin parejero.
Qué solo está el hombre... Vos estás en todas partes, pero en ninguna te encuentra.

---Veo, sí.

---Es una señal, ¿no?

---Veremos dijo Lemos.

---La herida de un árbol: con el tiempo cierra sobre sí misma.

---Vos te la buscaste: te buscaste todo lo que te pasó.

---No sé. Andá a saber.

---Todavía podés guardar la vida: largá la faca y entregate.

No bien el soldado lo dice, Séptimo siente el acero liviano en la derecha.

---No podría soportar otra vez el sufrimiento de los pibes de La noche de los lápices.

Ya no tiene el facón que le regaló Alsina: ahora empuña una faca tumbera.

---Estoy muy cansado de llevar a pulso la angustia de los otros.

---Si sabés una oración, hacela ya.

---Para qué.

El soldado le tira un hachazo: le colorea la camisa.

---Mi cuzco... Qosqo... Nuestro punto de encuentro, milico.

Se le van dos dedos atajando otro golpe.

---Qué pasa Jesús de Nazareth que tus Gracias no duran ni un día.

---Ahora se te dio por rezar.

El otro le abre la camisa por segunda vez. Rojo y negro, intenso.

---Mierda... esta faca no para...

Con carta y todo se lleva la izquierda a las tripas que sangran la tierra estéril como el semen de Onán.

---*Yo nací un día que Dios estuvo enfermo.*

---Ni hace falta que lo digas.

Sintió una raya caliente, viboreando como una serpiente, y luego un horizonte claro.

---*Dejame: raya el alba.*

En el amasijo de tripas al aire gotea Artaud y Tolstoi.

Llueve fiebre.

Está harto de los gemidos de la humanidad, qué tiene que ver él con todo eso, él solo había matado a su hermano.

---Estoy muy cansado.

Se termina de abrir a ese duelo desaparejo, a terminar con esas presencias.

---Quién es el que me quiere matar, quién es el que puede morir.

El soldado levanta la visera del quepis. Y no hace falta que se presente.

El costo de tus manos limpias.

Antes del último cruce mira al soldado al centro de los ojos.

---Abel ---dice Séptimo.

---No habría sido tan lindo si no te dabas cuenta.

---*Hermano, es que no había modo de hacerlo de otra manera. No había verdaderamente otra manera que romperte para abrirte.*

Abel adelanta el facón. Séptimo deja caer la faca, que se clava en la tierra. El tajo de su hermano, el último rojo, le parte el vientre a la altura del ombligo.

Séptimo lleva una rodilla al polvo. Las tripas llamadas por el vacío quedan a la vista como cientos de inconclusos cordones umbilicales.

Notas: 1) *¿Dónde estabas? Dejaste que un niño muriera. Dejás que ocurra cualquier cosa. ¿Por qué tengo que ser bueno si vos no lo sos?*, La señora O'Brien en la película El árbol de la vida.

2) *Qué solo está el hombre... Vos estás en todas partes, pero en ninguna te encuentra*, Mario Luzi.

3) Se hace referencia al episodio denominado La Noche de los Lápices, una serie de diez secuestros y asesinatos de estudiantes de secundaria, ocurridos durante la noche del 16 de septiembre de 1976 y días posteriores, en la ciudad de La Plata.

4) *Yo nací un día que Dios estuvo enfermo*, Espergesia, César Vallejo.

5) *Dejame: raya el alba*, Dios a Jacob en el Génesis.

6) *El costo de tus manos limpias*, El engranaje, J.P. Sartre.

7) *Hermano, es que no había modo de hacerlo de otra manera. No había verdaderamente otra manera que romperte para abrirte*, Oda Jubilar, Paul Claudel.

El precio de la sal

A Seymour Glass

Hoy amor como siempre, el diario no hablaba de ti.

Eclipse de mar Joaquín Sabina

---Yo podo ciclones.

- ¿Sí?
- Los bajo, los calmo.
- Cómo lo hacés.
- Ahora. Antes no, era tan joven. Casi una nena.
- Qué edad tenías cuando se casaron.
- Hay cosas, momentos vividos, que no recuerdo. ¿Sabés hipnotizar vos?
- Es posible. No puedo decirlo todavía.
- Por qué, ¿sos tímido?
- No sé... No, no es por eso. Es que no lo sé.
- A mí me habría gustado tener un hijo con él. Hubiese sido un lindo bebé.
- Una mezcla de cromosomas: madera oriental y un aire de...
- No lo digas, el cuento me describe como una mujer despreocupada, u ocupada en cuestiones banales. Pero te aseguro que no era así, y menos ahora.
- Nunca pensé que podría haber terminado de la forma en que terminó. Es más, en un momento pensé que iba a matarte.
- La muerte es una forma de amor.
- Tu familia estaba preocupada.
- Yo, nunca. Él era incapaz de hacerle mal a alguien.
- Pero después de la guerra...
- Violentaron su esencia, qué te pensás. La gente sensible no puede ir a una guerra.
- Y qué fue lo que hizo con esas fotos de las Bermudas.
- El mundo está mal hecho. Qué pasaría si a los que les gusta andar a los palos los mandaran a recitar poesía.
- No puedo imaginar eso.
- Las quemó: necesitaba espacio.

Ella se levanta y camina hasta el balcón de madera. Abre los postigos de madera y vidrio y sale al mar.

---Connecticut, supongo.

---Sí ---dice desde lejos---: New Haven.

---Sí.

Olas de aire Atlántico arreglan el estudio. Ella se apoya en la baranda de madera y busca el vacío. El cuerpo y el vestido liviano, es un negativo fotográfico.

---Y el dolor es una forma de amor ---dice, orientando la voz al viento para que me alcance.

Me incorporo. Entré descalzo a la escena. Me deslizo hasta el escritorio.

---¿Y esta fotografía?

---Cuál.

Tengo la excusa para ir hasta ella. No tengo clara mi presencia aquí.

---Yo vivo en una celda de aire puro. ¿A ver esa fotografía?

Repasa el marco con la palma de la mano: le quita una invisible receta de arenilla y sal marina.

---Es Sybil. Ha tenido la gentileza de visitarme con frecuencia.

---Tal vez era una necesidad para ella.

---En esa foto tiene quince años.

---¿Ya no viene tanto?

---No, no viene tanto. Estoy contenta: pudo superarlo.

---Sí.

---Tiene que vivir.

---¿Y vos?

---Fueron los últimos ojos que él miró con amor.

Lleva el portarretrato al centro del pecho.

---Chiquita ---dice.

---¿Y Sharon?

---¿Sharon Lipschutz?

---Sí, qué fue de la vida de esa niña.

---No vas a creerlo.

---He perdido la capacidad de sorpresa: adelante.

---Es concertista de piano.

---Sí que es una sorpresa. Buena vida para los que lo rodearon.

Me mira con ojos de sal.

---Disculpame ---digo.

---¿Entramos?

---Sí.

---Era una familia que deslumbraba ---ubica a Sybil sobre el escritorio---, sin proponérselo lo hacía. No me resultó sencillo buscar dónde pararme entre esos vapores celestes.

---Me imagino.

---Pero él me amaba y yo a él.

Nos sentamos. Ella se queda mirando a través de mi frente.

---No sé bien qué hago acá.

---¿Tenés que irte?

---Tengo que irme, supongo.

--- Antes, ¿podrías leerme unos versos, por favor?

---Sí.

---A través de tu frente, es el libro de lomo pequeño, y dorado ya.

Alargo mi brazo hacia atrás. Sin mirar: ---¿Este?

---Sí.

Abro el libro: los poemas están escritos en alemán.

Hasta que te abrace el mar

Vos no te acordás. O sí. No sé si hoy es un buen momento para averiguarlo. Recordar necesita suministro de sangre. Un goteo sin pausa. Una pequeña vertiente roja que empape las arenas secas y afiebradas de tu corazón. Y de tu cuerpo, ahora. También, sí.

Ya de adolescente se te prendía fuego el pecho por consolar a la humanidad:

♪ Consolad a mi pueblo, dice el Señor, hablad al corazón del hombre ♪

Semejante ardor comenzó, naturalmente, a inquietar surcos de adhesiones y rechazos. El director espiritual del Stella Maris necesitó hablar con tus padres. Le dijo a tu madre (tu padre no llegaba, estaba en el trabajo) que eras un joven sensible al sufrimiento de los otros. Un filántropo.

Le dijiste al sacerdote irlandés, un pilar de rugby: ---Soy consecuente con lo que proclamamos a viva voz en el templo.

---Hay mucha metáfora, mucho símbolo en nuestra liturgia.

---Me parece a mí que Dios toma en serio nuestras palabras.

Finalmente, el director espiritual dijo que veía con agrado tu vocación, pero que sería muy recomendable que alternaras con otras actividades, un deporte, por ejemplo. ¿Por qué no integrar el equipo de rugby de los Old Christians?

Allá abajo estabas bien, la familia y los amigos te mantenían en caja; pero acá arriba sos feliz.

Te acordás, Séptimo, aquella vez que te plantaste frente al Sagrario: "Escuchame, cómo hacemos con toda esta gente que sufre". Te juzgaron por el tono, y tu traza: venías llagado, de un mes de misionar por el norte del país. Te compadecieron cristianamente: sutil manera de ignorar a alguien.

"Mientras ustedes rezan acá adentro, afuera pasa el dolor. ¿Dónde les ha quedado el 'Denle ustedes de comer'"?

¿Qué es del hombre?, ¿qué se sabe de Dios en esta montaña helada como un infierno? Como buen uruguayo, ya conocés el silbido de tu pava. Las monjas más bellas adaptaron canciones para vos.

Tu familia, como una vegetación salvaje, se apoderó de las paredes de tu habitación. Tu perdón fue grande, aunque ya no contaras con los libros, los discos, la ropa. Estabas muy lejos de la idea de posesión:

♪ Imagine no possessions I wonder if you can ♪

Los pasillos de la vida. Ayunar acá arriba no te afecta. Estás acostumbrado a las mortificaciones que imprimís a tus cuaresmas. Llegaron a internarte una vez, deshidratado. La montaña es una sábana, mal tendida, de nieve.

Ya no ves confusamente, como por medio de un espejo. Ya no hay símbolos y significaciones que interpretar. Ya lo ves todo cara a cara, Séptimo.

El que dictaba el seminario les había dejado una tarea: escribir la visión y la misión de una, había dicho, imaginaria empresa. Tuviste una visión: Dar de comer en los lugares más remotos del mundo.

Quisiste despedirte de este paisaje violento, bello para una fotografía, y a duras penas saliste del fuselaje. Después de cuarenta días ahí era un lindo final morir en la nieve.

Dios te pidió que salieras del fuselaje y te plantaste delante de la cordillera. Una ventisca de alfileres blancos te buscó los ojos, pero Dios no estaba ahí. Después, un alud poderoso se destronó de la ladera y te sepultó las piernas, pero Él no estaba en el alud. Después del alud, vino un río de fuego, pero tampoco estaba ahí tu Dios. Y después del fuego, escuchaste el ruido delicado del silencio.

♪ Within the sound of silence In restless dreams I walked alone
Narrow streets
of cobblestone Neath the halo of a street lamp I turned my collar to the cold
and damp When my eyes were stabbed By the flash of a neon light That split
the night
And touched the sound of silence ♪

Después de *The sound of silence*, quisiste arrastrarte otra vez al calor del fuselaje. Y Él vino hacia vos y solo dijo tu nombre: Séptimo...

Una paloma azul cruza tu cielo redondo con un tajo de pasto verde en el pico. Entendés que es una buena señal. El fin de esta cruz está próximo. Mañana, Roberto, Fernando y Antonio salen en expedición, esta vez rumbo al oeste.

La fiebre es altísima, derretís los hielos eternos del Glaciar de las lágrimas. Ya pronto el mar. Ya pronto.

Vagabas con tu mente en los rezos. En la liturgia de las horas, volabas. Habías terminando aceptando, digamos, esa debilidad cuando supiste que Teresa de Lisieux, la santa, se dispersaba enormemente en la oración.

Una de esas distracciones, las tuyas, tuvo lugar en una noche de oración (Recordá, recordá bien: rezaban maitines). Ahora, lucidez helada, constatás aquella inspiración: te viste en las proximidades del valle de Los Maitenes, en las estribaciones de la cordillera chilena.

Arco iris en la montaña. La naturaleza sin la compañía dulce del otro, o de uno mismo siquiera, es hostil. A poco de la caída, solías dejar el fuselaje y vagabas por ahí, sin brújula, las conversaciones ahí adentro sofocaban.

Jugabas a que estabas de campamento en un lugar inhóspito en el fondo de la casa paterna. Pero la noche, con su ligero rumor de almas bajando, te empujaba a llamar a la puerta de la cocina para que te dejaran entrar.

Todo lo que has soñado y deseado se ha cumplido.

Una pared de cárcel es el invierno. Sí mami, jaculatorias para vencer al comunismo. ¿Cuántas nos han pedido? ¿Cinco mil?

Hay que esperar al olivo, siete años, para que entregue fruto. Es un gesto de generosidad con la vida plantarlo, tal vez lo disfruten tus hijos, Séptimo. En el interior de la fruta la gema permanece en silencio.

Se sacan fotografías, quién sabe cómo se verán. Quién sabe si podrán verse. Algunas películas son en blanco y negro, otras en color. Estas señalarán lo rojo. En tu pueblo descargan medias reses del camión, la ropa manchada de sangre.

Murmurás los nombres de tus compañeros, de a diez, los intercalás con un Gloria. Una letanía. Un mantra. Un rosario. Tienen cierta musicalidad los versos, los mencionás a todos.

Hubo una época en que habías perdido el criterio de la realidad. Te dabas cuenta porque soltabas tus ojos y volvían solos, tus palabras regresaban a tu boca, intactas.

Y ahora llegás a esta síntesis de mar y oblación. Son días de angustia, pero algunos tienen proyectos para el día siguiente. Vos, sos uno de ellos.

Apurás tu cuerpo, lo macerás. Hacerlo apto.

Estrellas.

Tomad y comed, este es mi cuerpo.

Satori

**De niño hasta allá arriba no había podido subir nunca;
de joven trabajaba y me contentaba con las ferias y los
bailes.**

Ahora, sin decidirme, rumiaba que debía haber algo allá arriba, en las mesetas, detrás de las cañas y las últimas alquerías perdidas.
¿Qué podía haber?...

La luna y las fogatas Cesare Pavese

Tal vez me recuerda a Valentina, porque soñé con ella anoche.
Qué bueno,
si por chicas parecidas me voy acercando y un día la encuentro.

Un campeón desparejo Adolfo Bioy Casares

No era que no podía hablar con una mujer bella. Podía. Podía perfectamente. Solían quitarle el habla al principio, eso nada más. Ni nada menos. Hubo una que lo creyó tartamudo y lo abandonó enseguida. Amó a mujeres bellas y mujeres bellas lo amaron. No siempre coincidieron en el tiempo.

Supo que era una mujer, una mujer sentada sobre un médano, por la forma en que abrazaba las rodillas. Aunque era un punto azul allá arriba, en el médano, supo que era una mujer.

Era una playa celeste y verde natural. Sin la mano ni el pie del hombre. Séptimo vestía una bermuda de baño a cuadros, celestes, verdes y azules. Encima del traje de baño traía un jean Lee, cortado a cuchillo a media pierna. Supo en qué época se encontraba. Ya se había visto él, vistiendo así otro verano. Vistiendo esa moda. Solo que aquí no era tan joven. Dedujo, posando sus yemas por debajo de los ojos, que llevaba más de cuarenta años.

Había salido de una escena de fulgores de sol. Ahora, al frente, estaba el mar. La temperatura era buena.

Siguió caminando, trepó hacia la mujer azul del médano, que no daba señales de salirse de su estado natural. Conoció a mujeres hermosas, pero indiferentes. Entonces, no bellas, axiomaba Séptimo.

Quedó parado frente a ella, y por la inclinación del médano: sus miradas a la par. Tuvo la delicadeza de no herir el horizonte de la mujer. La saludó y ella lo miró por primera vez, una mirada de olas que besan los pies del hombre que llega.

Le pareció que era Italia, la tierra de Pavese (llevaba en la mochila, también, un libro de él). Habló en esa lengua. Luego en castellano. Francés. Catalán. No salió sonido de la boca de la mujer. A cada intento de él, ella lo envolvía con su mirada celeste y verde de mar y le hacía sentir que había llegado, pero Séptimo era profundamente triste.

Me quita el habla. Es tan bella que disuelve mis palabras en este aire de sal. Para qué me quita las palabras si no las utiliza, ni las utilizará jamás.

Se sentó junto a ella: ---Mujer, qué destino tiene el aire que le quitás a los viajeros.

El sol tajeó una nube y una franja de sol y sal los emparejó un instante. Séptimo dejó la mochila a los pies.

---¿Se lo quitás o te lo dan? ¿Lo pasás a otros viajeros? Qué harías con mi aire... mujer.

Era bella, no era indiferente, no hablaba.

Los sobrevoló una formación de gaviotas no domesticadas, ella las acompañó hasta que se apagaron detrás de un médano. La mujer era una línea de sol, o un ancho de mar. Correspondía, interactuaba con él, pero no hablaba. ¿Y el amor? ¿Qué lugar tiene aquí el amor? Se le presentó como un fogonazo la carta a los Corintios: Si hablo en lenguas humanas, si hablo la lengua de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido.

Abrió la mochila y sacó la libreta de viajes. Hizo un dibujo y se lo tendió. La mujer miró el dibujo como si fuera una parte más del paisaje. Y sonrió.

Séptimo le dijo que era linda.

---Sos linda.

Una belleza sin intervención del hombre. Quería decírselo, comunicárselo de alguna manera. Los labios de él se predispusieron, se movieron breves y tenues entre sí. Cantó bajito y para ella:

♪ No es que no vuelva porque me he olvidado de tu olor a tomillo y a cocina.

De lejos, dicen, que se ve más claro que no es igual quien anda y quien camina.

Supe que el amor tiene ojos verdes, que cuatro palos tiene la baraja.

Que nunca vuelve aquello que se pierde, y la marea sube y luego baja ♪

Y la interrumpió ahí, la cortó en acantilado: pensó que no podía ser. Esa canción no tenía nada que ver ahí.

Tiró de unos hilos del jean cortado a cuchillo. Del jean deshilachado.

---Te lo doy todo, mujer. Te doy mi aire. Te doy el aire, incluso, antes de que entre en mí. Mi estela es breve, mis huellas son de arena seca y caliente: tengo un destino de papel.

Y salió.

Buscó el filo del mar pensando en que no bastaba la belleza. No era suficiente encontrar una mujer bella. Esa belleza debía tener algo de humano.

♪ There's nothing you can make That can't be made No one you can save that
can't be saved Nothing you can do But you can learn how to be you in time It's
easy ♪

No siempre se le había dado el don de entonar bien. Esta vez sí. Y se alegró de que ese arte lo acompañara en la última parte del día.

♪ All you need is love All you need is love All you need is love, love Love is
all you need ♪

En la playa húmeda encontró un corazón. Tenía el trazo firme, calado: parecía haber sido hecho recién. No había nadie a la vista, solo, allá arriba, puesta sobre la duna, esa mujer hermosa hasta el dolor.

En la cabaña

Séptimo remonta el médano en diagonal. La arena blanca lo deglute hasta los tobillos. Tiene el camino hecho de tablas: parece empeñado en mortificarse. Si visualizara un cordero, se lo echaría ahí mismo sobre los hombros. De gusto nomás.

Entra en la cabaña. Es una casa que ofrece alojamiento y comida. Está arrasado. Queda poco, nada, del sentimiento dorado que lo habitó cuando la mujer del médano azul.

Una pareja ocupa una mesa junto a una ventana. El mozo habla con ellos. Los tres se orientan para saludar al que entra.

Séptimo está talado al ras: cansado de ser un personaje, de entrar y salir de escenas. A lo largo de la historia ya no siente sufrimiento por él, sino por los que va dejando al costado. Se trata de seres humanos. La vida de seres humanos, y que él debe sacrificar ya no sabe bien por qué ni para qué.

Un óleo de la isla de Itaca, lo conforta. La firma es ilegible, pero se distingue bien la fecha.

El mozo resulta ser también el dueño de la cabaña. Séptimo se registra. Nota que las hojas del libro amarillean y los renglones de un azul celeste le recuerdan a una mujer que quiso mucho. Daría lo que no tiene, nada tiene, por regresar a aquella escena. Tal vez la mujer ya no esté, no recuerda en que época se encontraron. Pero le gustaría tener otra oportunidad.

Quiere entregar algún dinero. Lo cruza una ligera inquietud: en su morral, en las profundidades de su morral, no ha visto billetera.

---Desde hace un tiempo ---dice el dueño--- no cobramos por adelantado.

Se despierta a la madrugada, con un azote largo y fino en la nuca. Una ligera resistencia, de nervio tensado. Cuerdas de violines. Como si hubiese hecho fuerza con la cabeza. Enrolló la almohada para aliviarse. Recordó lo que le dijo alguien que hizo de madre en una de las tantas historias: en el parto hay que saber dónde aplicar la fuerza. El buen alumbramiento depende de eso.

Siente el tirón de alambre. Acepta que el parto puede no ser todo lo natural que deseaba. Poco ocurre como uno lo imagina. Hay mucha cesárea que ha concebido humanidad. Irradia luz igual. Se siente animado: si hay dolor de parto, hay iluminación.

Se duerme. Nunca sabe si sueña, si vive *de verdad*, si entra en nuevas escenas. Es dolorosa su vida en ese sentido. Es un chinchorro suelto en los caprichos del Mar Negro.

Se sienta en la mesa junto a la ventana. Tal vez una barra de azufre circulando por su cuello. Sabe que es un mito. Sin embargo, rodó lo suficiente como para saber que no puede quedar cara a cara frente a un mito desde la razón. Necesita creer. Eso es lo único que tiene en toda su herencia de nada. La necesidad de creer.

Va a pedir un jugo de frutas y una barra de azufre. Le da risa ese menú. Hace mucho que no se ríe. Intenta recordar cuándo fue la última vez. Ha sepultado ese talento también. Celebra que ahora ríe. Ha pasado una lija fina sobre la pátina que había descendido negra sobre su don. Y ahora despunta como un alba. Una eucaristía que se deja ver entre los dedos de una consagración.

Piensa en un jugo de kiwi. Aunque no cree que esa fruta se conozca en la actualidad de esa escena. Se decide por un jugo de naranja.

Alza un poco la mirada, sin forzar los músculos del cuello. Pensaba encontrarse con el dueño de la cabaña.

---Buen día ---dice ella, ya junto a la mesa.

Lleva una túnica hindú, blanca, brillante luz, con mariposas de colores naranja, azul y verde.

---Sí ---lo ayuda ella---. En el médano. Nos conocimos en el médano.

Sin quitar la vista de las mariposas que se agitan al compás de la respiración de la mujer: ---Pensé que eras sordomuda, o extranjera, de alguna parte de los Balcanes, o algo así.

---Voy al mar a vaciarme: llevo una misión dura acá.

---Sí...

Se interrumpe, para animarla a hablar de eso.

---¿Vas a beber, a comer algo?

---Sí.

Séptimo es asediado por trescientas delgadas alas naranjas, azules y verdes.

Una campanilla suena y da por terminado ese round de estudio.

---¡Neus! ---dice el dueño y enarbola el tubo del teléfono.

---Disculpame, tengo una llamada.

Y se desliza seguida de sus mariposas hacia la llamada.

El dueño se hace enteramente visible cuando rodea el mostrador y se dirige a la mesa que está junto la ventana.

Jugo de naranja, va a decir Séptimo.

---La llaman de todas partes del mundo para escuchar su voz.

El dueño aparta una silla y se sienta: "Fue a partir de la llegada de un turista. A la semana la llamó. Al principio yo me negaba: le cortaba. El hombre rogaba. Después se me ocurrió decirle que si depositaba dinero en una cuenta dejaría que hablara con Neus. Al fin y al cabo ella dejaba de trabajar para atenderlo. Y el hombre dijo que sí. Y yo pensé que estaba loco. Pero el dinero lo depositaba regularmente. Y pedí a un amigo que está en Hacienda, le pedí que averiguara algo. Y el hombre estaba limpio como una patena. Era un pintor. Pensé que era un enfermo o algo así.

Se confiesan con ella. Neus no los juzga, no opina, solo los impulsa a hablar, con dos o tres frases ella les abre el corazón. No es tanto lo que dice, sino su cadencia. No dice cosas extraordinarias: les cuenta cómo está el cielo, cuan agitado está el mar ese día. Si hay alguien pescando. Si la arena esta amigable, esas cosas. Yo, al principio, me quedaba a escuchar. Tampoco iba a permitir que esto se convirtiera en un antro de hilos telefónicos. Sería un desprestigio. Yo llevo más de cuarenta años acá.

Y después comprobé que no, que no era así. Y le digo más, la casa se convirtió en un lugar... cómo le diría: no sé cómo decirle porque yo no soy creyente. No podría ponerle un nombre.

Pero acá nunca faltó ni sobró nada. Un día que atendí yo a aquel primer turista, le dije que le iba a devolver el dinero. Todo.

Después se fue corriendo la voz, como si el pintor hubiese usado pintura muy aguachenta, imposible de frenar. Querían ver, tocar ese teléfono, poner sus manos en las huellas que dejaba Neus".

---Las yemas de nuestros dedos llevan el amor de la historia de la humanidad. Suave como un amanecer, abro tus piernas. Con mis dedos, abro tus piernas.

Neus entra en su túnica alba de mariposas en flor.

Recoge su cabello de los hombros y lo sujeta en una cola.

---Tenés que parar en algún momento Séptimo. Eso que buscás no está en ninguna parte sino adentro tuyo. La belleza rota que hay que reparar está en tu corazón.

---Ya llegué: esto es el amor.

---La belleza que se te presenta recurrentemente y que te hace sufrir...

---No quiero hablar de eso.

---Hay una mujer, no puedo decir su nombre, vive en el pueblo vecino, ella fue tu amor antes de mí.

---No digas *una mujer*, no digas *el pueblo*.

---Mi encargo es reparar tu belleza rota. Hasta que no lo hagas, desfilará ella ante vos hasta que por fin despiertes.

---Tenía tantos deseos de verte que apuré la aurora.

---No cambies de tema.

---No quiero hablar de la belleza rota que hay en mí.

---Sos soberbio Séptimo. El primero de los pecados capitales, tenés que proponerte ser humilde. Cuánto más vas andar para aceptar tus: ¡*Muero de dolor!*, ¡*Muero de soledad!*, ¡*Muero de vacío!*

Séptimo apoya los pies en el suelo y queda sentado en la cama.

---Y también sos perezoso, Séptimo: no querés hacerte cargo de tu propia existencia. El séptimo de los pecados capitales, Séptimo.

---Sos hermosa.

Dice Neus:

Yo soy el amor del Cantar de los cantares.

Soy la suavidad y la dulzura de la leche y la miel...

De la arena fina, tibia, por entre los dedos y de los jazmines que emborrachan el aire.

Los dedos que recorren los pasajes sagrados, son los mismos que despiertan la pasión.

---Qué pasa Séptimo...

Estremecido ante una visión, un recuerdo que viene de lejos, no clasificado.

---Qué ves.

Separa las manos. Trémulos los dedos, conforman las nervaduras de un cuenco vacío.

---Qué pasa.

---Un niño, un bebé...

Mira a Neus, con las manos en actitud de ofrenda. Quiere estancarlo, meterlo en un dique: el llanto gana.

---Abrazalo...

---No puedo, Séptimo...

---Abrazalo, por favor...

---No puedo, Séptimo, son tus manos, está en tus manos: tenés que abrazarlo vos.

Al dejar la cabaña le cae encima una nube húmeda de sal. La sal le parte todavía más las heridas. Es tan doloroso todo. La luna, como una confirmación, entra en menguante.

Cuando encuentra el corazón en la arena, corazón firme recién hecho, redime una valva y escribe adentro:

Neus y Séptimo.